

¿Crisis en la derecha?

En las últimas semanas, el espacio de la discusión pública ha sido ocupado por la confrontación entre el Dr. Kirio Waldo Salgado —ideólogo y presidente del Instituto Libertad y Democracia (ILYD)— y prominentes miembros del equipo de gobierno de Calderón Sol, particularmente el Ministro de Hacienda, Alejandro Montenegro, el Ministro de Agricultura y Ganadería, Carlos Mejía Alfárez, la ex Ministra de Planificación, Mirna Liévano de Marques, y Hernán Contreras, presidente de la Corte de Cuentas de la República. Para Kirio Waldo Salgado, se trata de una “guerra santa” que no tiene en la mira, como antaño, a la izquierda o a la Iglesia católica, sino al equipo de gobierno de Calderón Sol, muchos de cuyos miembros viven, en opinión del analista, del “tráfico de influencias, la corrupción, el crimen organizado y el manipuleo de las empresas estatales”.

La “cruzada” emprendida por Salgado se inició justamente con las acusaciones lanzadas por éste en contra de Mejía Alfárez, en el sentido de que este último habría favorecido a la compañía arrocerera *ASALBAR* —de la cual es director— en perjuicio de otra empresa importadora del grano *COFINANZAS*. Casi inmediatamente, Salgado arremetió en contra del Ministro Montenegro, a quien acusó no sólo de adeudar al fisco 12 millones de colones de su empresa *SERTESA*, sino de favorecer a los grandes importadores de automóviles en detrimento de las compañías pequeñas. Un tercer frente de la “guerra santa”, lo constituyó un supuesto caso de “tráfico de influencias” en una

licitación de fertilizantes en la cual el Ministerio de Planificación habría favorecido a la empresa *FERTICA*, vinculada al Ministro Montenegro. Finalmente, está primera ofensiva de Salgado puso en su mira al presidente de la Corte de Cuentas, Hernán Contreras, quien se habría convertido en un “encubridor” de las malversaciones del gobierno, debido a un pacto político entre su partido (Conciliación Nacional) y ARENA.

A estas acusaciones, siguieron otras más graves que no implican ya a miembros particulares del gobierno, sino a éste en su conjunto: la corrupción, el tráfico de influencias y el crimen organizado, que en opinión de Salgado serían tolerados por el propio presidente de la república, quien tendría una deuda pendiente con quienes le subvencionaron la campaña electoral —“gente corrupta, vinculada al crimen organizado”, y que ahora se ha incrustado en la “rosca dorada” del gobierno. En este sentido, ello explicaría por qué el gobierno es incapaz de llevar ante la justicia a los criminales de altos vuelos en este país. Y es que, de ser ciertas las denuncias de Salgado, dichos criminales no sólo estarían siendo amparados por el mismo gobierno de Calderón Sol, sino que muchos de ellos ocuparían puestos importantes en el actual aparato del mismo.

Dejando de lado la veracidad de los informes del ideólogo del Instituto Libertad y Democracia, no cabe duda que la confrontación suscitada entre miembros del gobierno de Calderón Sol y Kirio Waldo Salgado —quien ha contado con el respal-

do de algunos de los perjudicados por el "tráfico de influencias"— es expresión de la recomposición por la que atraviesa la derecha desde que Calderón Sol llegó al ejecutivo. Esta recomposición es la que está detrás de la polémica desencadenada por Salgado, una polémica que ciertamente no ha concluido y que seguramente arrojará nuevos elementos. En efecto, el papel de "periodista investigativo" asumido por Kirio Waldo Salgado de seguro seguirá arrojando nuevos datos —verosímiles unos y otros más dudosos— sobre los negocios turbios en los cuales se hayan comprometidos miembros del gabinete de Calderón Sol. Incluso es de esperar que las pesquisas del ideólogo del Instituto Libertad y Democracia lleguen mucho más lejos y revelen información sobre las actividades ilícitas de miembros del gobierno arenero anterior.

Por otra parte, hay diferentes formas de interpretar lo que sucede en el interior de la derecha salvadoreña. Ante todo, está la interpretación oficial, ventilada por el presidente de la república, quien atribuyó el problema a las "charlatanerías" de Salgado, así como a la existencia de "detractores que se atreven a lanzar falsas acusaciones sin tener pruebas fehacientes", aunque sostuvo que su gobierno no permitiría "la impunidad en ningún sector, por lo que se investigarán las denuncias hasta llegar a la verdad". Otras interpretaciones, más cercanas a la izquierda, no sólo dan por un hecho la existencia de una crisis en el seno de la derecha —suscitada, entre otras cosas, por una disputa en la conducción de la cúpula arenera y por la división de ARENA en tres corrientes: un grupo financiero y tecnócrata vinculado a Cristiani, un grupo de burocratas vinculado a Calderón Sol y un grupo de antiguos militantes identificados con el fundador del partido, Roberto D'Aubuisson—, sino que llegan a preguntarse por la posibilidad de un golpe de Estado como desenlace de la crisis de la derecha.

Pero, ¿realmente hay una crisis en la derecha, o se trata solamente de un disputa menor suscitada por la inconformidad de un sector de la misma ante su marginación de la "argolla dorada"? Pensar que la derecha se encuentra en una encrucijada no sólo sería un craso error de apreciación teórica, sino un pésimo punto de apoyo para el cálculo político. Y es que dar por descontado que la dere-

cha está en crisis o que la división "carcome a la derecha" o que la derecha "arde", por los espavientos y alharacas de un personaje como Salgado, no sólo supone una minusvaloración de su potencial de cohesión política, sino una imposición de los propios deseos sobre la realidad. Antes que dar por descontada la crisis de la derecha —de la que la polémica suscitada por Salgado sería expresión— hay que preguntarse si la crisis existe efectivamente; y no creer que con anunciarla por doquier la crisis va a surgir o —en una vieja tradición— se van a agudizar las contradicciones al interior del bloque dominante.

Qué duda cabe que algo serio sucede en las filas de la derecha. Las redes de corrupción denunciadas por Salgado y las reveladas recientemente por la Fiscalía General y la Corte de Cuentas en las que aparece implicado en una estafa millonaria a la CEL el ex coronel Sigifredo Ochoa Pérez, no sólo deben constituir un problema para el gobierno de ARENA, sino para la sociedad civil. Es un desafío gubernamental perentorio —así como del propio partido de gobierno— deshacerse de los que medran ilícitamente bajo su amparo. Y ello no sólo en razón de las amenazas deslegitimadoras que se ciernen sobre un gobierno que tolera la corrupción de sus funcionarios, sino en razón de hacer viable un desempeño gubernamental mínimamente exitoso, desempeño que ciertamente puede ser una carta de presentación importante a la hora de someter la propia fórmula política a la elección popular.

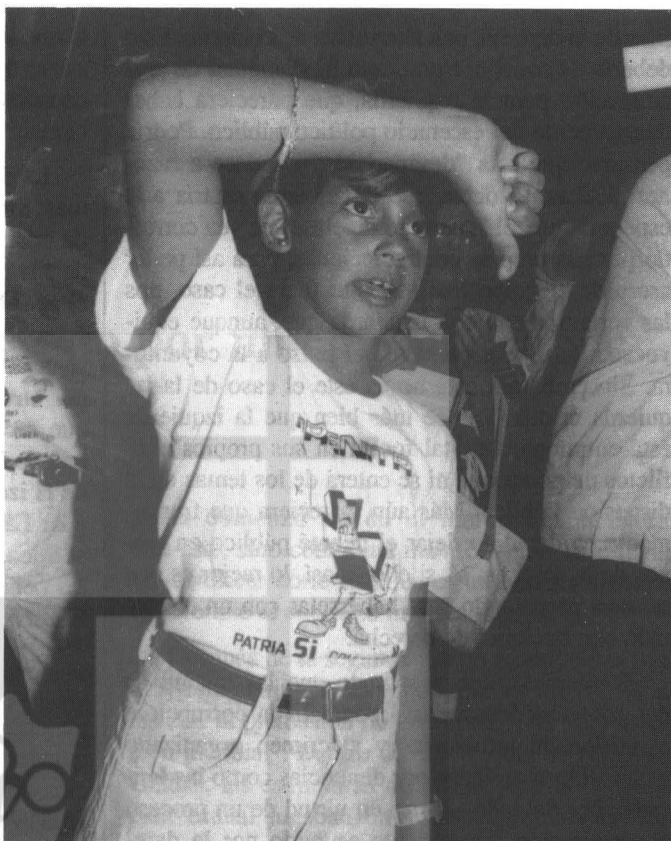
Un desempeño económico y político exitoso es clave para que un gobierno pueda generar una buena dosis de legitimidad en vistas a renovar electoralmente el derecho a seguir gobernando. La corrupción no sólo es un obstáculo para un buen desempeño económico político, en cuanto que da lugar al "tráfico de influencias", la "compra de favores" y, en definitiva, a la ineficiencia burocrática y administrativa, sino que es algo que deteriora la legitimidad de cualquier gobierno, en cuanto que las reglas de la corrupción son en sí mismas ilegales y ocultas, es decir, ilegítimas. De donde se sigue que ningún gobierno que pretenda ejercer su mandato con eficiencia y legítimamente pueda tolerar la corrupción y a los corruptos, ya que ello signifi-

caría estar amparando a sus propios sepultureros.

Si hemos de aceptar que en la derecha coexisten al menos tres sectores con un proyecto socio económico y político más o menos definido, habremos de aceptar también que al sector encabezado por Calderón Sol no le es ajeno en absoluto el desafío que representa para su gobierno y, más en general, para la derecha, la corrupción, el crimen organizado y el tráfico de influencias, cuando los propiciadores de estas prácticas deslegitimadoras son figuras vinculadas estrechamente a la derecha o, peor aún, son miembros natos de la misma.

Estamos ante un proceso de recomposición en las filas de la derecha que pasa no sólo por la marginación de aquellos de sus miembros vinculados al crimen organizado y a la corrupción pública y privada, sino de figuras como Kirio Waldo Salgado, cuya trayectoria no va bien con una derecha que está creándose una imagen más civilista y menos visceral. Esto explicaría el malestar de Salgado hacia el gobierno y hacia el partido. Y aunque ello no obsta para descalificar a las fuentes o los informes de éste último — o incluso para reconocer que sus acusaciones han abierto una compuerta de denuncias que difícilmente se podrá cerrar—, no se puede dejar de lado que las mismas se inscriben en un esfuerzo de un sector importante de la derecha y del gobierno, quizás no asumido coherentemente, por desligarse de las redes de la corrupción heredadas de la guerra. Por lo tanto, no sería descabellado pensar que el “periodismo investigativo” de Salgado a quien mejor le vendría, si no fuera por el escándalo que ha montado, sería al propio gobierno, en cuanto que estaría revelando nombres y crímenes que éste sería el primero en querer combatir.

Aquí, sin embargo, es preciso puntualizar que la recomposición en las filas de la derecha no supone la marginación de todos los que viven de los negocios turbios, sino de aquellos se resisten a abandonar sus prácticas ilícitas, cuando las mis-



mas son intolerables en el marco de las reglas de juego acordadas por los diversos sectores de la derecha económica y política, y además si se trata de personajes de los que es relativamente fácil deshacerse. Esto quiere decir que en el proceso de recomposición de la derecha pueden jugar un papel protagónico figuras vinculadas en el pasado a las prácticas más oscuras, pero que ahora han aceptado un cambio de imagen; e incluso estas figuras pueden convivir con otras que, aunque no hayan aceptado el nuevo pacto de la derecha, son lo suficientemente poderosas como para no ser marginadas del núcleo de sus dirigentes.

Una cuestión adicional sobre la que vale la pena reflexionar, y sobre la que poco o nada se ha dicho, es el modo como la derecha ha ocupado el espacio del debate público durante las últimas semanas. Pareciera que en El Salvador no sólo el gobierno es derecha, sino que la oposición al gobierno proviene de las filas de ésta. En el mediano plazo, se estaría configurando, así, en las propias

filas de la derecha, una alternativa de gobierno. Esto debería de constituir un punto fundamental de preocupación para la izquierda, que pareciera haber desaparecido del escenario político público. Podría pensarse que esta "desaparición" obedece a razones tácticas, es decir, que la izquierda estaría a la espera de que el "enemigo de clase" se vea corroído por sus propias contradicciones, para así poder asestarle el golpe final. Si este fuera el caso, nos las veríamos con una izquierda que, aunque equivocada, le estaría midiendo el pulso a la coyuntura. Sin embargo, este no es este el caso de la izquierda criolla. Parece más bien que la izquierda está atrapada de tal forma en sus propios conflictos de poder que ni se entera de los temas de la discusión pública. Más aún, pareciera que francamente ha decidido dejar el debate público en manos de la derecha. Y, si ello es así, lo mejor es que se vaya preparando para habérselas con un electorado con opciones de derecha.

Finalmente, aun aceptando que las iniciativas del gobierno destinadas a combatir la corrupción, el tráfico de influencias y el crimen organizado hayan sido motivadas por denuncias como las lanzadas por Salgado —y no en virtud de un proceso de depuración previamente asumido por la derecha—, no cabe duda que el gobierno estaría sacando el mejor partido posible de la situación, en el sentido de que mostraría a la opinión pública su voluntad para sanear las estructuras del Estado a partir de las denuncias de los ciudadanos, aunque las mismas impliquen a altos funcionarios del gobierno o a miembros importantes de la empresa privada. Por su parte, la izquierda no estaría sacando ningún partido de la situación y, al contrario, estaría perdiendo una importante oportunidad no sólo para hacerse sentir socialmente, abandonando un tema como el de la corrupción, que ha contribuido a la caída de gobiernos como el de Collor de Mello, en Brasil, sino a salir del letargo

al que le han llevado las pugnas internas por determinar qué organización hegemoniza el FMLN y a ocuparse en serio de los problemas de interés nacional.

La derecha está atrevasando por serios problemas. Sin embargo, ver en esos problemas procesos de crisis similares a los que experimentan el resto de los partidos políticos del país, particularmente el FMLN, es una apreciación un tanto apresurada, que obedece más a la lógica de buscar satisfacción pensando que los males propios son compartidos por otros, que a un examen más ponderado de lo que sucede en realidad. Los referentes de identidad de la derecha salvadoreña, a diferencia de los de la izquierda, no se han quebrado ni mucho menos. La conversión de grupo armado en partido político, ARENA la llevó a cabo a comienzos de los ochenta, con menos traumas y dilemas que el FMLN y sus organizaciones miembros.

Por lo tanto, la asimilación de los procesos de cambio en ambos actores políticos no sólo refleja un déficit increíble en la memoria histórica de quienes proclaman como una victoria la presunción de que la derecha y el Partido ARENA están atravesando por una crisis similar a la que abate a los demás partidos, sino un desplazamiento de la realidad por los deseos. Y, mientras no se intente analizar con un mínimo de rigor lo que específicamente sucede en el interior de la derecha, no habrá capacidad para formular propuestas políticas en verdad alternativas a la hegemonía de la derecha. Y es que un error de apreciación teórica en este punto, se traducirá inexorablemente en serias deficiencias en el cálculo político de la oposición de izquierda, que se muestra cada vez más desorientada e incapaz de responder adecuadamente a las exigencias que va planteando la dinámica socio política del país.

L. A. G.